

## LA NAVEGACION FLUVIAL DEL META

Por: **WALTER RÖTHLISBERGER**

1922

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia*

*Número 110, Volumen 30*

1976

**A**hora ha sonado también para nosotros la hora de la partida, y nos ponemos en camino hacia Puerto Barrigón. Se nos han agregado dos nuevos compañeros de viaje que desean, lo mismo que nosotros, agregarse al correo que va hasta el Bajo Meta. A ellos les queda todavía como un mes de viaje hasta llegar a su destino, una finca del territorio de Arauca.

Después de abandonar "Barrancas", llegamos de nuevo a la abierta llanura sin caminos, cuyos confines se pierden a nuestra vista con la sola interrupción de unos grupos de árboles aislados y algunas manchas de selva virgen. A pesar de que las mulas llevan un trote vivo y animoso, el repetido compás del movimiento termina por producir soñera, sobre todo porque el sol está quemando despiadadamente sobre nuestras cabezas desde las primeras horas de la mañana.

Parece también que todo el mundo animal se ha refugiado del calor en alguna parte, pues, fuera de algunos patos y otras aves que vemos en una laguna, no descubrimos fauna de ninguna clase. A eso del mediodía nos volvemos a aproximar a la selva virgen que acompaña el curso del río Humea, y avanzamos ya por tupida jungla rodeados de toda la maravillosa vegetación de las regiones pantanosas del trópico.

Al cabo de una hora, poco más o menos, alcanzamos el talud de la orilla y volvemos a ver el río. Pero Puerto Barrigón, a orillas del Humea, nos decepciona un tanto, pues este lugar consta de un simple tinglado o cobertizo, sin paredes, y de un trapiche bastante abandonado. La gente que anda por allí no despierta, por su aspecto, demasiada confianza.

Abajo, en el río está amarrada una lancha de forma plana, un bongo, que es la que lleva el correo por vía fluvial, bajando el río Humea y el Meta hasta el territorio de Arauca. Sólo tres veces por mes hace el recorrido uno de estos bongos, de manera que nos sentimos muy satisfechos de llegar a tiempo y poder tomar parte en la travesía. La tripulación está constituida por tres indios al mando del capitán y timonel, don Melitón Estrada, quien a pesar del nombre español, es también un indio auténtico.

Además del nombre, don Melitón ha recibido, como sumo patrimonio de civilización, la grandeza de un verdadero hidalgo, y sus actitudes están llenas de dignidad. Don Melitón aguarda horas y horas la llegada del convoy de mulas que trae el correo. Luego de ser admitidas por conformes las autorizaciones que nos extendieron las autoridades de Villavicencio, y no habiendo impedimento para continuar el viaje a bordo del bongo, ordenamos a nuestro peón que con las mulas se adelante por tierra, camino más corto, hasta Puerto Cabuyaro. Nosotros hemos de recorrer más de cien kilómetros río abajo para llegar a dicho punto, término de nuestra travesía.

Al alborear nos hallamos sobre el ya espacioso curso del río, en medio del más soberbio paisaje de selva. Alta e impenetrable espesura nos acompaña por ambas orillas. A menudo vemos gigantescos árboles descuajados que han ido a derribarse sobre el río y parecen querer cerrarnos el paso. Pero don Melitón, con experta mano, sabe guiar el bongo a través de todos los obstáculos y riesgos. A trechos, sin embargo, es tal la cantidad de troncos incrustados en el cauce, que la muy cargada embarcación no puede escapar a su funesta suerte, y encalla sin remedio entre broncos crujidos.

Tripulación y pasajeros tienen que aligerarse de ropa, saltar al agua y, uniendo todas sus fuerzas, sacar la lancha del atoladero. Se olvidan entonces todas las terribles historias de caimanes y de peces carnívoros o cargados de electricidad ... De cabeza nos arrojamos a las frescas aguas, despertando con ello la infantil admiración de los indios, que parecen no haber visto cosa tal entre gente blanca. Río abajo, prosigue alegremente la travesía, de cara al próximo obstáculo, el cual será sorteado hábilmente, o, si nos atascamos de nuevo, dará ocasión a otro refrescante baño.

Hacia el mediodía llegamos a la desembocadura del Humea en el Meta, el mayor y todavía poco conocido afluente del Orinoco.

